



Angel de fuego, Dana Rotberg.



Bienvenido Welcome, de Gabriel Retes.

Dentro de ese cine joven, es alentador ver cómo ha aumentado el número de mujeres realizadoras. (Por suerte, se ven próximos los días en que no se tenga que hablar de las cineastas mexicanas como un fenómeno aislado, como la excepción que confirma la regla del dominio masculino). Y como era lógico, ellas se han manifestado menos interesadas que sus colegas masculinos en explorar el cine de géneros, y más tendientes a una postura política, la feminista. Por lo general, sus trabajos enfocan los avatares profesionales, amorosos y familiares de mujeres urbanas de clase media (y la amistad solidaria entre ellas).

De las seis directoras que debutaron en la industria con largometrajes desde 1988 —Busi Cortés, Eva López Sánchez, María Novaro, Dana Rotberg, Guita Schyfter y Marysa Sistach— la más conocida y prolífica es Novaro. Con *Lola* (1989), *Danzón* (1991) y *El jardín del Edén* (1994), la cineasta ha retratado un mundo de mujeres —siempre a la busca de algo— donde el hombre es casi una figura incidental, secundaria; en ellas priva una desdramatización que las hace ver, a ratos, como documentales ficticios. Hasta ahora es *Danzón* la obra que resume en esencia el estilo de Novaro, y la que encontró un amplio público tanto nacional como extranjero, gracias a su desenfadada celebración de la búsqueda que emprende una mujer para encontrar a su pareja (de baile) ideal.

Sin embargo, es Dana Rotberg la única que pertenece a la generación aludida. Quizá por ello, por ser más joven, no se ha encasillado en los temas femeninos —o feministas—, ni ha caído en las trampas de la cursilería. Después de realizar *Intimidación* (1989), su *ópera prima*, una comedia sobre la crisis de la pareja cuyo protagonista es masculino, la realizadora cambió radicalmente de registro con *Ángel de fuego* (1992), una tragedia contemporánea de connotaciones bíblicas sobre una adolescente, acróbata de un circo paupérrimo, que tras ser embarazada por su padre, un payaso que muere, se une a un grupo trashumante de titiriteros religiosos en busca del perdón divino. Bajo una estética tan parca y extrañamente bella como los escenarios despojados donde se mueven los personajes, la cinta es una intensa parábola religiosa sobre la ausencia de Dios. La crítica extranjera encontró en *Ángel de fuego* influencias tan dispares como Bresson y Jodorowsky, pero también es cierto que hay un nexo con el cine hecho por autores nacionales como Ripstein y Cazals.

Similarmente interesado en los marginados, Francisco Athié ingresó a la industria con *Lolo* (1992), la historia del crimen y castigo de un joven obrero que roba y asesina a una anciana después de ser despedido de su fábrica. Con una ambigüedad que a ratos deviene en confusión narrativa, el director nos sitúa en el estado mental del personaje epónimo, en su conflictiva elección entre el bien y el mal. Athié no diferencia lo que es

fantasía, sueño o realidad, dentro de un afortunado trabajo de estilización formal, a medio camino entre el onirismo y el melodrama arrabalero de los años 40 y 50. Aunque se queda corta en sus pretensiones dostoyevskianas, *Lolo* descubre a un realizador con una visión muy personal. (Por cierto, las exploraciones del lado sórdido de la realidad mexicana emprendidas por Rotberg y Athié, sumadas a los melodramas subversivos de Ripstein, la melancolía subyacente de *Cronos* y la malicia ejercida por Carrera, contradicen las objeciones de que en los últimos años se prefirió hacer un cine *light*).

Dos películas estrenadas este año anuncian la aparición de sendos realizadores promisorios. *Hasta morir*, de Fernando Sariñana, es una eficaz narración sobre la amistad y el consecuente intercambio de roles entre un cholo de Tijuana y un chavo banda defeño. Convincente en su descripción de una forma de vida, filmada con agilidad y apoyada por una música que sabe usar el contrapunto, la película entusiasmó al público joven que, en su mayoría, votó por ella en la Muestra de Cine Mexicano de Guadalajara de 1994. La otra *ópera prima* es *Dos crímenes*, de Roberto Sneider, una adaptación de la novela homónima de Jorge Ibarguengoitia que, a diferencia de otros intentos por trasladar sus textos al cine, sí encontró el tono de ironía necesario, evitando el humor obvio, de trazo grueso empleado por José Estrada (*Maten al León*, 1975) y Julián Pastor (*Estas ruinas que ves*, 1978); bajo una mirada similar a la de *La mujer de Benjamín*, la vida en la provincia mexicana es satirizada con detalles sutiles. (Curiosamente, ambos cineastas se formaron en los Estados Unidos y representan la excepción, al no haber pasado por el CUEC o el CCC).

También puede esperarse algo bueno de Ignacio Ortiz Cruz, guionista que ha colaborado con Carlos Carrera y ha debutado como director de largometraje con *La orilla de la tierra* (1994), una parca alegoría desarrollada en una provincia recreada con toques de realismo mágico; y de Juan Carlos de Llaca, cuyo corto *Me voy a escapar* resulta más arriesgado en su propuesta formal que su académica *ópera prima*, *En el aire* (1994), una mirada nostálgica sobre la juventud idealista de los años 70.

Pero la renovación no ha sido sólo de directores. Un buen número de jóvenes actores y actrices, muchos de ellos de procedencia teatral, han aportado nuevos y frescos rostros al cine mexicano. Damián Alcázar, Bruno y Demian Bichir, Alberto Estrella, Daniel Giménez Cacho, Dolores Heredia, Claudette Maillé, Mario Iván Martínez, Verónica Merchant, Jesús Ochoa, Lisa Owen, Arcelia Ramírez, Roberto Sosa y Luis Felipe Tovar, entre otros, son los nombres que se repiten con mayor frecuencia en los diversos repartos, como prueba de su demanda y versatilidad.

Asimismo, los años recientes se han distinguido por la afluencia extraordinaria de cinefotógrafos capaces. En los 80, el cineasta de ambición veía reducidas sus opciones a unos cuantos fotógrafos de probada calidad, como Ángel Goded, Toni Kuhn o Guillermo Navarro; ahora, en cambio, puede escoger de una lista encabezada por la *superestrella* Emmanuel «El Chivo» Lubezki (si es que regresa de Hollywood, donde ha encontrado trabajo constante), y seguida por Guillermo Granillo, Carlos Marcovich, Jorge Medina, Xavier Pérez Grobet, Rodrigo Prieto y Claudio Rocha. (Todos, salvo Lubezki y Marcovich, egresados del CCC).

Según se ve, la obra conjunta de dichos cineastas, sumada a la de colegas más veteranos, integra un mosaico de variado colorido. Es de esperar que el mosaico no se fragmente, como ha sucedido en épocas anteriores. Uno quisiera ser optimista. Después de las lecciones dejadas por décadas de crisis, se antoja improbable que los nuevos cineastas se den fácilmente por vencidos ante futuras adversidades. Por lo pronto, han demostrado suficiente talento como para asegurar la existencia del cine mexicano en las primeras décadas del siglo XXI.

Leonardo García Tsao